

# El mal de Corcira

Lorenzo  
Silva

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1503

1  
Esto no es una ciencia exacta 13

2  
Patria o muerte 30

3  
Derechos fundamentales 47

4  
Quizá no fuimos los mejores 64

5  
Si quieren guerra 81

6  
Energía negativa 98

7  
Anonimato y desahogo 115

8  
Morder el polvo 132

9  
Tortilla de bacalao 149

10  
*Always on my mind* 166

- 11  
Y a veces hasta acertábamos 183
- 12  
El lugar del crimen 199
- 13  
Gente que huye de sí misma 216
- 14  
Los nómadas se mueven poco 233
- 15  
Antes volarán los perros 250
- 16  
Una especie de transformación 267
- 17  
Estar ahí 284
- 18  
Pequeñas cosas 301
- 19  
Una masacre 318
- 20  
Su bestia negra 335
- 21  
Prejuicios, como todos 351
- 22  
Los infiltrados eran ellos 368
- 23  
El rizoma verde 385
- 24  
Cuesta arriba 402

25

Matamos la llama 419

26

El viento en la red 436

27

Ética kantiana 452

28

Una especie de héroe 469

29

Oficio de tinieblas 486

30

*Hitza eta hilotza* 503

EPÍLOGO

El mal de Corcira 521

Agradecimientos 539

# I

## Esto no es una ciencia exacta

Suele suceder así: cuando menos te lo esperas, cuando mayor es tu confianza, mientras son otras las preocupaciones que te absorben. Es ahí donde nos aguarda, sin piedad, el heraldo oscuro que sabemos que anda siempre al acecho y del que preferimos no hacer mucha cuenta, dándole así el privilegio de sorprendernos y desarbolar-nos. Sin previo aviso llega y dice nuestro nombre. Y sólo entonces recordamos que no somos más que hojas que el viento levanta, sostiene en el aire y al final del vuelo, largo o corto, alto o bajo, devuelve sin más a la tierra.

No era aquella, en principio, una operación de riesgo. Lo que iba a hacerse lo habíamos hecho muchas veces, incluso con menos margen para prepararlo, sin que nos supusiera contratiempo alguno. Para eso estaban los protocolos, la división del trabajo y los especialistas que nos cuidábamos de tener en el lugar para el que ellos estaban entrenados y nosotros no. Nada se planteó de manera diferente. Nadie se saltó el plan previsto ni se comportó con negligencia o con temeridad. Simplemente existía el resquicio, y por ahí se coló la catástrofe.

Era, además, una vivienda aislada, o lo que es lo mismo, un teatro de operaciones especialmente propicio, por la facilidad para rodearla y tener cubiertos todos los flancos. Así lo hicieron los compañeros de la Unidad de Seguridad Ciudadana, con los que creímos que, a la vista

de la naturaleza del objetivo, bastaba y sobraba para resolver la papeleta. Luego alguien diría que por qué no habíamos contado con la Unidad Especial de Intervención, la más avezada en asaltos de riesgo. Después del percance siempre proliferan los peritos en prevenirlo. Y rebatirlos no iba a serme fácil: por más que tratara de exculparme, por más que contara con argumentos, entre ellos que la unidad de intervención era un recurso excepcional cuya necesidad había que justificar caso por caso, alguna responsabilidad tenía sobre el operativo como proveedor de la información que había servido para su diseño. Aquel patinazo, en fin, iba a llevar mi nombre a ojos de los demás, pero también, y sobre todo, a la porción más indeleble de mi propia memoria.

El despliegue se hizo en absoluto silencio y completa oscuridad. Ni un ruido turbó la noche de noviembre en aquel paraje a los pies de la sierra madrileña, ni una luz delató nuestras posiciones. Los agentes de seguridad ciudadana controlaron el perímetro y avanzaron en sendos pelotones hacia las dos puertas de la vivienda, en la parte delantera y en la posterior. Habían decidido que entrarían primero por la trasera, que era la que mejor permitía explotar el factor sorpresa y acceder más rápidamente al dormitorio donde era probable que se encontrara nuestro objetivo. El portador del ariete echó la puerta abajo de una sola embestida, tras lo que se apartó y dejó pasar a sus compañeros, que, abriendo la marcha con sus armas provistas de focos, entraron en tromba en busca de su presa, mientras el pelotón que atacaba la otra puerta la tiraba a su vez y se aplicaba a taponar esa vía de escape.

—¡Guardia Civil! —se oía ya gritar en el interior.

Fue entonces, y no antes, cuando di orden a los míos de acercarse a la casa. A continuación del grupo, encogida y parapetada tras nuestros cuerpos, iba la letrada de la Administración de Justicia, la funcionaria judicial que debía dar fe de la entrada y registro. En teoría, cualquier

respuesta violenta desde el interior se toparía con alguno de los dos grupos ya desplegados, que la neutralizarían sin dificultad. A pesar de todo, no llegamos hasta la fachada de la vivienda. Preferí esperar a que nos dieran la señal de todo despejado tras una especie de cobertizo que había en la parcela, a unos veinte metros del edificio principal, y a cuya pared se pegó la funcionaria del juzgado, abrazada a su carpeta, mientras los demás vigilábamos la casa. Llevábamos todos la pistola en la mano, por si acaso, pero ninguno creía que llegara a ser necesario servirse de ella. Dentro seguía oyéndose el grito, una y otra vez:

—¡Guardia Civil! ¡Guardia Civil!

—¿Estamos seguros de que está en la casa? —dudó entonces el cabo Arnau, sembrando a su vez la duda y la pregunta en mi mente.

—Tiene el coche aparcado en la puerta y el teléfono encendido en esta posición —recordó la brigada Chamorro con tono inapelable.

—Puede haber salido a algo.

—No sin que lo detecten los del grupo de seguimientos.

—Infalibles no son —porfió Arnau.

Chamorro sacudió la cabeza con desaprobación y se adelantó un par de metros para ver mejor lo que ocurría. En ese momento, no era una imprudencia. No teníamos ningún indicio de que nuestro hombre se hallara en posesión de un arma, tampoco de que pudiera reaccionar de manera abrupta o agresiva. No era un demente ni un psicópata: sólo era un pobre tipo que no había soportado que lo echaran del trabajo y había pagado a un sicario demasiado barato y un poco torpe para que le metiera cinco tiros a su antiguo jefe. Por eso, era al sicario a quien en ese mismo momento estaban reduciendo sin dificultad, a trescientos kilómetros de allí, efectivos de la unidad de intervención. Lo nuestro era la parte más sencilla, el elemento en teoría inofensivo.

Vi el fognazo en aquel ventanuco de la buhardilla una milésima de segundo antes de oír el estruendo y advertir, simultáneamente, cómo un puño invisible derribaba a mi compañera tras descomponerle la figura a la altura del hombro. Oí su grito de dolor mientras me exponía y disparaba de forma instintiva, sin pensarlo ni calcular el daño que podía hacer o sufrir, las quince balas que contenía el cargador de mi Walther contra aquel rectángulo otra vez oscuro. Buscaba impedir que de él saliera más fuego en tanto el cabo Arnau, con la ayuda de la guardia Lucía, se las arreglaba para recoger del suelo a Chamorro y ponerla a salvo tras el cobertizo. Sólo cuando la pistola enmudeció y se quedó abierta, pidiendo más munición, pensé en ponerme yo mismo a resguardo y fui junto a los míos, que se afanaban con la herida.

—Está sangrando mucho —gritó Arnau—. Que alguien llame ahora mismo a una puta ambulancia. Mi subteniente, ¿me está oyendo?

Le oía, y no podía dejar de mirar el rictus entre dolorido y ausente de mi compañera, que parecía completamente aturdida por el impacto que acababa de recibir. También yo tenía que volver en mí, ordenar la secuencia de las acciones que me incumbían, ejecutarlas con la mayor sangre fría posible, acertar a ser de alguna utilidad para los míos.

—Llama a la ambulancia, Lucía —conseguí pedirle a la guardia.

A continuación, hablé por transmisiones con el jefe del operativo.

—Nos han hecho fuego desde la buhardilla. Avisa a los tuyos de que anda ahí, quizá esté en un habitáculo oculto. Tomad de referencia el ventanuco pequeño que hay junto al vierteaguas de este lado.

Miré a la letrada de la Administración de Justicia. A aquellas alturas su espalda se había adherido a la pared del cobertizo hasta formar una sola materia con él. Probaba ser una persona provista de juicio.